

Ligas Campesinas Católicas

Saludamos con el más sincero regocijo la creación de las primeras Ligas Campesinas Católicas en San Cristóbal, Colón (Caliche) y Mérida, como fruto de la acción apostólica de los Pbro. Domingo Roa, Luis E. García y Emiro Fuenmayor. Con el mayor regocijo: porque tenemos derecho a entrever en ellas un porvenir, rico en consecuencias felices de orden económico y social, como ha sido el de las organizaciones católicas-agrarias de Flandes y España, por no mencionar sino dos ejemplos que conocemos más directamente, surgidas también de la acción social de celosos sacerdotes y párrocos del medio rural.

DIFICULTAD PECULIAR DE LA ORGANIZACION CAMPESINA

Conocemos perfectamente las dificultades peculiares que ofrece la sindicación de nuestros campesinos. Las unas, comunes a la psicología del agricultor, sobre todo montañés. Las otras, vinculadas a la pobreza de las tierras cultivadas.

El agricultor es tradicionalista, muy poco propicio a recibir lecciones de quienes sabe alejados de la lucha diaria con el suelo áspero y pedregoso y los caprichos del tiempo y del clima. Los técnicos del MAC conocen por experiencia propia algo de esta, no siempre injustificada, esquizvez

campesina. No estuviera, por cierto, mal que el Ministerio de Agricultura y Cría utilizara para sus propagandas algo que para nuestras organizaciones católicas resultaba providencial: la enorme confianza de grandes sectores campesinos en su párroco, en cuyo sincero interés por su bien positivo tienen razones para creer, mientras dudan cuales sean las intenciones del técnico que llega por las vías oficiales del Gobierno.

Resulta generalmente difícil convencer al agricultor de las ventajas del veneno contra las plagas y del abono fertilizador de las tierras.

Casi imposible instruirle en nuevos métodos de siembra, roza, tala, quema, riego y otros detalles.

La soledad del campo crea en su ánimo, una pronunciada tendencia individualista. La explotación, de que es víctima de parte del intermediario —el prestamista, el comerciante, el camionero— explotación que tal vez no ha examinado con mucha precisión, pero que conoce en líneas generales, le hace dudar de la sinceridad de las campañas sociales, en las que a base de acción colectiva y organizada, se le promete la redención del pulpo intermediario. ¿No será una nueva explotación? Tántas bellas palabras se le han dicho, sobre todo por los líderes políticos, y nunca se han cumplido!

Hay otras dificultades que nacen de la incultura y de la pereza. Buena parte de nuestros agricultores no saben leer. La propaganda impresa resulta, por lo tanto, ineficaz. Algunos no sienten anhelos de una vida más refinada. La Misa de los domingos en muchos sectores; el

mercado; el juego de bolos junto algún ventorro de la carretera y unas copitas de ron satisfacen sus aspiraciones deportivas y sociales y consumen muchas veces sus laboriosos y escasísimos ahorros. Mientras tanto la mujer se afana andrajosa en el canuco y los niños crecen llenos de tierra y escasos de vestido en el prado. Indolencia y falta de aspiraciones y cultura son factores que no se pueden olvidar en la empresa ardua de la organización social de los campesinos.

Nada más ajeno a nuestro íntimo sentir, sin embargo, que la concepción pesimista y peyorativa de nuestro agricultor. Junto a estos defectos perduran virtudes que el sociólogo debe cultivar y explotar para bien del campesinado.

Pero hay dificultades peculiares de nuestro campesino en orden a la organización colectiva; dificultades que provienen del propio suelo explotado; y de las características del intermediario.

Comenzaremos por distinguir tres clases de agricultores. División ligeramente caprichosa, pero útil para cuanto vamos a exponer.

El **pequeño propietario**; el **conuquero**; y el **simple asalariado de la hacienda**.

Raros son nuestros **pequeños propietarios**, colocados en la tierra fértil. De los del Táchira y Trujillo (excepción hecha de Estación Táchira y ciertas tierras que partiendo de Pregonero se internan hacia el Llano) podemos decir que poseen suelos pobres, minados por la erosión. Muchos de ellos condenados a la improducción antes de un cuarto de siglo.

El **conuquero** —sirva de ejemplo el de los alrededores de Mérida— cultiva la hacienda feraz de un rico propietario, el cual le concede permiso para trabajar por su cuenta porciones generalmente alejadas, montañosas y poco fértiles, cuando no erosionadas.

El **asalariado de la hacienda** puede compararse en un todo, menos en

lo pingue del salario y las ventajas de la Ley del Trabajo y el Seguro Social con el asalariado de cualquier industria o explotación.

Todos estos trabajadores campesinos son pobres, sin incluir el pequeño propietario. Pobres en un grado que desconoce a veces el obrero de la ciudad. Nada extraño que exista un desbordado exodo rural, que no tiene más solución que el mejoramiento sincero de los medios de vida campesina.

La pobreza es el gran enemigo de las Ligas campesinas. Todo sindicato, toda Liga campesina, toda organización obrera, si ha de ser independiente y eficaz, debe vivir de sus propias cotizaciones, realizar por propio esfuerzo sus reclamos y lograr sus reivindicaciones. Ahora bien: nuestro campesino apenas puede cotizar un bolívar mensual, mientras nuestros choferes, empleados y obreros de la ciudad, pueden multiplicar por cinco, por diez y hasta por veinte el monto de su contribución en sus asociaciones gremiales.

La pobreza. Será el primer obstáculo de nuestro apostol social en el campo. La tierra cultivada no es rica, como en la Argentina o Estados Unidos, donde la capa de tierra es profunda y manso el régimen de lluvias.

La pobreza. Con la secuela necesaria de la exiguidad de las cotizaciones posibles. Al comparar las posibilidades de un sindicato petrolero y de una liga campesina, abruman las diferencias. Mientras el petrolero, sin tocar las cuotas de su sindicato, tiene ya comisariatos para la comida, hospitales, escuelas, campos de deporte, clubs y cine, nuestros campesinos lo necesitan todo. Los dineros del sindicato petrolero —cuando no desaparecen por suerte de magia en manos de líderes sindicales— pueden emplearse enteritos en la defensa de los reclamos y en el logro de mejoras en las condiciones de trabajo. En cambio la exigua cotización del campesino, que cuando tiene tierra y productos, carece de numerario, debe emplearse en acciones arduas de cooperativas de cré-

ño, producción, transporte y venta. Es decir en la lucha contra el intermediario.

El intermediario. El habitante de nuestras ciudades no tiene una noción precisa de la potencia del intermediario en nuestros medios rurales.

Ello a pesar de que nuestro obrero ciudadano y a veces hasta la clase media sufre ingenuamente la explotación del fiado del pulpero, ítem mínimo social-económico, de que disertaremos en otra oportunidad.

El intermediario del campesino es generalmente el comerciante. El comerciante de nuestras pequeñas ciudades del interior, que con alguna frecuencia es extranjero, se hace rico en pocos años, pasa generalmente a la capital del Estado y de la capital del Estado, algunas veces, a la capital de la República. El comerciante fía al campesino y le compra de antemano la cosecha. Su sistema es de una simplicidad modelo: vende caro y compra barato. Con frecuencia el campesino queda a perpetuidad, esclavizado por deudas al comerciante fiador. Pide productos al fiado, se le venden comestibles, semillas y hasta abonos a precio altísimo y se le cobra de la inmediata cosecha a precio irrisorio, quedando siempre adeudado. Mientras tanto hemos conocido comerciantes que en quince años hicieron fortuna y construyeron un gran comercio en la capital del Estado.

Sucede algo muy parecido con los camioneros, que compran y venden plátanos, frutas, verduras etc. para llevarlos a Maracaibo, Caracas y, en el Oriente, a los campos petroleros. En pocos años dos camioneros italianos se han hecho ricos transportando de los campos de Cumaná a Caripito y Jusepin. Actualmente han montado un hotel elegante.

Labor necesaria y urgente.

La organización de Ligas campesinas es difícil. Pero su necesidad es urgente. Ligas campesinas auténticas: no pequeños grupos políticos, reunidos apresuradamente por un propagandista político, con sólo el fin de redactar un Acta Constitutiva una carta para el Inspector de Trabajo y dar por aprobados unos estatu-

tos, que inmediatamente son archivados en el Ministerio de Trabajo con la consiguiente aprobación. Así nacieron, como lluvia de verano, decenas de Ligas campesinas de Acción Democrática, sin realidad objetiva ninguna, si no es la promesa o la entrega de pequeños créditos, nunca recuperados, en compra de los votos de la próxima elección.

Ligas campesinas laboriosas, pero sumamente útiles, que deberían proteger con entusiasmo las Ministerios de Agricultura y de Trabajo. A veces también el Ministerio de Educación.

Ligas campesinas, que deben comenzar los párrocos con un ciclo de sencillas conferencias a los campesinos sobre la doctrina social católica y la explicación de los Estatutos. Cuya finalidad sería agruparlos para hacerlos fuertes contra y frente al intermediario. Ligas campesinas, cuyo instrumento de trabajo sería la cooperativa: en primer término, la de venta, con transporte propio y local de venta en la capital del Estado y tal vez en alguna ciudad populosa más próxima. Cooperativa de producción, que facilite instrumentos de labranza, incluso tractores comunes; abonos, venenos para plagas. Cooperativa de crédito, que que había de concederse con suma prudencia.

En esta primera labor de creación de cooperativas, las Ligas campesinas podrían obtener la ayuda del Estado, hasta que puedan independizarse en virtud de los réditos normales de los préstamos recibidos.

Sabemos que en el Táchira se ha pensado en la creación de la casa del Agricultor en cada población considerable y una Casa Sindical Agrícola en la capital del Estado. Estas casas podrían servir de sede para las cooperativas señaladas, sin olvidar nunca que la cooperación supone una intensa labor educativa.

En todo caso el sacerdote celoso, el párroco consagrado a su feligresía, es el apóstol más apto de esta grandiosa labor social. El puede convencer al campesino, que no cree al técnico; y él, tan sólo él, le pue-

de arrancar de su tendencia individualista.

Algunos párrocos del Táchira han comenzado conjuntamente una valiosa colaboración educativa. Han creado auténticas escuelas rurales, entre las que podría servir de modelo la del Padre Rafael González en El Cobre. Escuelas rurales en que los niños no estudian sino hasta el cuarto grado, pues al pasar a la primaria superior se desarraigan del campo y vuelan a la ciudad. Escuelas rurales en que cada niño cultiva su parcela y gana con ella, acumulando pequeñas ganancias en la caja de Ahorro.

Saludamos alborozados el nacimiento de las primeras Ligas campesinas católicas en los Andes. Creemos haber demostrado que no desconocemos sus dificultades. Pero abrigamos la firme esperanza de que ellas serán la más eficaz de las medidas contra el exodo rural, la explotación del intermediario, la incultura del agricultor solitario y abandonado, y la tristeza —muy cantada y llorada— de nuestros trabajadores del campo.

MANUEL AGUIRRE ELORRIAGA, S. J.

